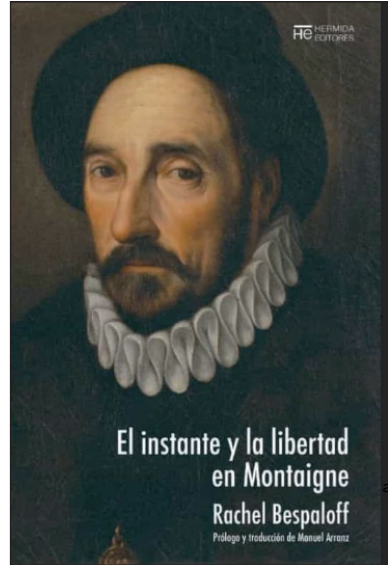


Bespaloff, Rachel. *El instante y la libertad en Montaigne*. Prólogo y traducción de Manuel Arranz. Madrid: Hermida Editores, 2021. 129 pp.

Lleva razón el traductor de este libro cuando nos dice en el prólogo que Bespaloff es “una mujer olvidada, apasionada por la música y la historia y para quien la libertad y la justicia eran las únicas causas por las que merecía la pena luchar” (p. 14). Rachel Bespaloff nace en Bulgaria el 14 de mayo de 1895 y decidió acabar con su vida el 6 de abril de 1949 en Estados Unidos, apesadumbrada por todo lo que vivió con el ascenso nazi. Ella forma parte de la primera recepción del pensamiento heideggeriano en Francia, amiga de Jean Wahl, discípula heterodoxa de León Shestov y de la que Gabriel Marcel dijo: “Una de las personas más inteligentes que he conocido” (p. 21). Hannah Arendt quedó asombrada al leer su libro *De la Ilíada*. Valgan estas anotaciones para animar al lector a adentrarse en su obra filosófica tan intensa como desconocida en el panorama filosófico español. Es de agradecer a Hermida Editores que haya publicado este ensayo, así como el estudio dedicado a Camus *El mundo del condenado a muerte*.



El libro que comentamos está consagrado al análisis del instante en Montaigne, es decir, la manera de comprender el tiempo por parte del pensador moderno. En él podemos descubrir tanto a Montaigne como a Bespaloff. ¿Por qué le parece relevante Montaigne y sus análisis del tiempo? La clave esencial nos la da Bespaloff al final de este pequeño gran libro. Al estudiar el tema del tiempo en Montaigne se obtiene “una respuesta al problema del tiempo, es decir, al problema de la salvación” (p. 116). Bespaloff considera que el tema del tiempo es esencial para plantear filosóficamente y con rigor el problema de la salvación, de la salud en sentido integral, de la bienaventuranza. ¿Qué hace Bespaloff para analizar el tema del tiempo y la libertad?

Lo primero que desarrolla el texto es poner en diálogo a Montaigne con otros autores. Bespaloff muestra en este libro no sólo cómo entiende a Montaigne, sino el propio quehacer filosófico, su propia manera de entender esta pasión. Ella pone en diálogo a Montaigne con San Agustín, Heidegger, Proust, Sócrates, Rousseau. Es muy interesante la relación que establece entre San Agustín y Montaigne, aunque sorprende al principio el intento de compaginar dos autores que permanecen a contextos filosóficos y teológicos tan distintos. ¿Qué ve Bespaloff en Montaigne y San Agustín para ponerlos en relación y ver sus similitudes, sin obviar sus diferencias? Considera que *Las Confesiones* y *Ensayos* son dos libros que han marcado el pensamiento occidental. Los dos coinciden en un tema esencial de la filosofía: la relación entre el tiempo y la libertad. Agustín lo estudia dentro de la relación del Creador con la criatura. Montaigne es un heredero del camino abier-

BIBLIOGRAFÍA

to por San Agustín en la idea del tiempo, la duración y la existencia humana. El instante, se entienda como se entienda, no rompe la diferencia entre Dios y el ser humano, tanto si se entiende al modo agustiniano como desde Montaigne.

Bespaloff considera que junto a Agustín y Montaigne está Rousseau. Los tres forman los poetas de la subjetividad y del instante. Los tres coinciden en partir del individuo, de su propia vida que intentan pensar con radicalidad. Ellos le dan importancia filosófica a momentos específicos o instantes vividos que le hicieron cambiar radicalmente de vida. Ellos están absolutamente comprometidos por el drama que vivían y el cambio de época. Ellos, por último, están tensionados desde el presente hacia una salud, salvación o paz que era el objeto último de sus búsquedas. Las diferencias son también claras. San Agustín, peregrino de la ciudad celeste, pone el énfasis en la gracia. Montaigne, el explorador de la ciudad terrena muestra la centralidad de la atención y la no dispersión para poder acoger lo definitivo que comparece. Rousseau, el extraviado de cualquier lugar, pone el énfasis en la relevancia de las circunstancias favorables para que la paz sea posible. Aunque Bespaloff muestra las diferencias, lo cual es evidente y no supondría ningún aporte esencial, ella quiere poner el foco en lo común que sintetiza en este punto: “El sentimiento de la existencia como modo privilegiado del desvelamiento del ser mediante el conocimiento de uno mismo” (p. 54).

Montaigne, en su camino de pensar la libertad, se ha separado de dos ideas del planteamiento cristiano clásico: la inmortalidad y la Encarnación. Su escepticismo es una manera de atacar lo que considera un monoteísmo impuro, e intenta llevarnos a un Dios de tintes más paganos que judeo-cristianos. ¿Cómo comprender el instante desde este giro moderno que realiza Montaigne? El instante es “un punto tal que, allí donde dirijas la vista, el cielo está despejado en torno suyo” (p.75). El instante no es el momento de la gracia que sobreviene y nos hace convertirnos al Señor que nos creó, como podría entenderse en el modelo cristiano. ¿Dónde sitúa Bespaloff a Montaigne y su comprensión del instante, del tiempo ante el modelo cristiano y la modernidad? Entre Agustín y Nietzsche, entre el cristianismo y el ateísmo. Ni defiende una concepción existencial de la duración abierta al Dios mediante la conciencia, ni defiende una defensa de la vida y de ser fieles a los valores de la tierra endiosando la misma. Por eso Bespaloff no encuadra a Montaigne en el nihilismo. Su escepticismo no es negación de la verdad ni incapacidad de encontrarla ni abono del relativismo. Busca con el camino de la duda una razón que sea más despierta aún que la razón, una ignorancia que sea más sabia que la supuesta sabiduría. Ella afirma con esta pregunta: “¿No nos damos cuenta de que esta llamada a la modestia procede de una confianza plena en la verdad?” (p. 96–97).

El punto más débil que encuentra la autora en el planteamiento de Montaigne es su incapacidad de pensar el mal, lo malo del mal, el desastre. Hablando de su presente desastroso nos dice: “Ya no es suficiente con traer la sabiduría del cielo a la tierra, como hizo Montaigne, hay que traerla además al infierno terrenal” (p. 99). Los análisis que hace Bespaloff sobre el mal le lleva a afirmar que ni la filosofía de Montaigne, ni la de Heidegger, ni la de Sartre dan cuenta de tan grave misterio. Este libro de los años 1940 muestra, en los capítulos finales, que el problema del mal que trae a colación Bespaloff es el desastre de la Shoah. Es cierto que Bespaloff le aplaude a Montaigne el que traiga a colación a Sócrates. La dis-

tancia, o *epojé*, de Sócrates a la hora de actuar o repensar qué es la verdad no es una ausencia de decisión o un escepticismo carente de pasión por la verdad. Montaigne, así como Sócrates, no es ni más ni menos que un pagano. Según Bespaloff el planteamiento antropológico de Montaigne puede ser comprendido como un ser-en-la-naturaleza, que es mucho mejor que sucumbir al ser-en-el-mundo. Porque, entre otras cosas, Montaigne ante la angustia ante la muerte nunca llega a dañar la vida personal ni social. Ni la muerte es un castigo, remitiendo a la recepción agustiniana, ni el hombre es sólo su devenir histórico, como defiende la modernidad. Montaigne parte de la finitud para transformar y no para liquidar la idea de lo eterno, según Bespaloff. Por ello, llega a decir ella, “la última palabra de la sabiduría de Montaigne es la gracia” (p. 129), aunque la interprete desde categorías no explícitamente cristianas. La conclusión valorativa sobre el planteamiento de Montaigne nos la da en la última página: “Montaigne no responde a todos nuestros problemas. Lo hemos dicho y lo hemos repetido, Montaigne no descendió a los infiernos. Nos enseña modestamente a no transformar la vida en un infierno. Y esto ya es bastante difícil.”

Este libro nos ayuda a acercarnos a la mirada apasionada y filosófica de Bespaloff sobre la historia de la filosofía, más allá de la valoración que merezca su visión de Montaigne o de San Agustín. Aparece, como hemos indicado, lo que tienen en común planteamientos diferentes pero apasionados por la verdad, la libertad y por no sucumbir o al menos no hacer de este mundo un infierno. Al hacerlo, nos muestra la responsabilidad tremenda de la filosofía con nuestro presente. Ella, aunque pudo quedar embebida por el planteamiento heideggeriano al comienzo de su trayectoria filosófica, supo ver cómo esa filosofía no descendía, no pensaba los infiernos, como tampoco lo hizo la de Montaigne. Lo que le hizo sufrir era comprobar que la filosofía de Heidegger, a diferencia de la de Montaigne, no era inocente ante los infiernos que arrasaron Europa en la segunda Guerra Mundial. [Ángel Viñas Vera]

Thomas, David (ed.). *The Bloomsbury Reader in Christian-Muslim Relations, 600–1500*. London: Bloomsbury Academic, 2022. 333 pp.

Las relaciones islamo-cristianas entre dirigentes religiosos son objeto de interés –y de preocupación a veces– desde el cambio de paradigma eclesial que supuso la declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II y, por parte del islam, desde que 138 dirigentes enviaron la Carta “Una palabra común” a todos los líderes de las iglesias cristianas, en 2007. Estos documentos oficiales se esfuerzan en buscar elementos oficiales en común para participar en la pacificación del mundo actual.

Aunque hoy en día no faltan escritos apologeticos o incluso textos o discursos que

